

EL CATOLICISMO

ANTE LA VIDA MODERNA

828457

CONFERENCIA

DADA POR EL

Pbro. D. Luis Felipe Contardo

Secretario del Obispado de Concepción

EN EL

CENTRO CONSERVADOR

EL 5 DE AGOSTO DE 1910



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA Y ENCUADERNACION CHILE
Morandé, 767 á 769

—
1910



CRITICISMO Y PREJUICIOS



Es curioso, señores, observar que nuestra época, tan dada al análisis, que todo lo somete á la comprobación de la crítica, que no acepta sino conclusiones apoyadas sobre los hechos, abunde tanto en prejuicios á los cuales fácilmente se otorga carta de ciudadanía universal.

Tratándose, sobre todo, de asuntos que se relacionan con la Religión; de apreciar las enseñanzas y aún la acción de la Iglesia, que es una cosa concreta y tangible, asombra ver cómo espíritus muy cultos, ejercitados en una severa disciplina intelectual, suelen sostener fríamente, honradamente, afirmaciones desprovistas en absoluto de cualquier fundamento positivo—afirmaciones de aquellas que, talvez por esta misma falta de base real, flotan en la atmósfera y ejercen influencia sobre la masa.

Se podría preguntar por qué á tales mate-

rias no se aplica el criterio riguroso de investigación, de estudio analítico y hasta de observación experimental, si cabe, que constituye la norma de la inteligencia moderna.

Entre los que no creen

Siempre he pensado, señores, que es ésta la causa que más eficazmente va ahondando la crisis de la fe en el alma de la generación actual.

Hace algunos años, en 1893, un ilustre prelado norteamericano, el Arzobispo de Filadelfia, decía en el Congreso Católico de Chicago estas palabras: «Hay un mundo católico y un mundo que no lo es. Entre los dos un océano de prejuicios hace rodar sus olas sombrías. De ambos lados hay corazones hechos para unirse... ojos que si lograran sólo mirarse frente á frente no se volverían á desviar los unos de los otros. Es misión de los Congresos Católicos acercar estos dos mundos... procurar que se pongan de acuerdo hombres que están divididos únicamente porque no se comprenden.. En el fondo, el mundo que no es católico, no se opone al Catolicismo, sino á lo que él piensa que es el Catolicismo. Las doctrinas que han excitado en contra nuestra su animosidad, nosotros las reprobamos con tanta energía, con tanta constancia, con tanta

indignación, como puede hacerlo quien no participa de nuestra fe. Entonces, ¿qué tenemos que pedir, sino ser conocidos?»

Todos hemos podido comprobar la exactitud de esta afirmación. Cuando á un hombre que no comparte nuestro credo religioso, pero que tiene honradez de inteligencia y de corazón, se le presenta la oportunidad de ponerse en contacto con algún católico, con algún miembro del clero sólidamente ilustrado, le basta muchas veces una hora de conversación para ver desvanecidos muchos de sus prejuicios contra la Iglesia. Por lo menos llega á adquirir la convicción de que nuestra cultura intelectual es menos añeja y suele ser más amplia de lo que ordinariamente se la supone. El acercamiento personal que produce esta simple verificación ha sido en muchos casos el comienzo del acercamiento á la fe de hombres que sinceramente vivían lejos de ella.

El gran prejuicio

De los prejuicios á que he venido refiriéndome, hay uno que, como en síntesis, comprende todos los demás. Se le podría formular así: «El Catolicismo vive completamente ajeno á la vida moderna; más aún, observa una actitud hostil y es hasta incapaz de adaptarse á

las tendencias y aspiraciones legítimas de nuestro siglo».

Este prejuicio da la explicación de muchas antipatías y de muchos alejamientos. Las generaciones jóvenes, ávidas de ciencia; las multitudes obreras, ávidas de justicia, vuelven sin gran dificultad las espaldas á una institución que consideran inepta aun para comprender sus más hondos y generosos anhelos; á una institución que aparece á sus miradas prevenidas como un anacronismo práctico en medio de un mundo que se renueva y evoluciona.

En el campo católico

Y tanto se ha venido extendiendo este prejuicio, señores, que hasta cierto punto se puede decir que ha logrado apoderarse de los mismos católicos.

Alcanza aun resonancia universal un libro que apareció hace dos años en Inglaterra. Es una novela del porvenir,—género que está poniéndose de moda entre los que sistemática ó accidentalmente cultivan la literatura de tesis (1).

(1) Además de *«El Amo del Mundo»*, de Hugo Benson, á que aquí se hace referencia, han sido publicadas en estos últimos años varias novelas del porvenir: *«Mirando hacia atrás»*, de Eduardo Bellamy; *«Nel 2000»*, de Roberto Puccini; *«Sur la pierre blanche»*, de Anatolio France; *«Elois y Morlocks»*, de L. Clendábins, una serie completa de las de Weills, etc.

La acción del libro á que aludo se desarrolla dentro de unos setenta años. El autor, que es un sacerdote católico de reconocido genio literario, nos presenta, en la segunda mitad del siglo XX, el mundo transformado por la ciencia, y hace converger en daño definitivo de la Iglesia las últimas y más espléndidas manifestaciones de la actividad humana. La novela se cierra con la catástrofe última de los tiempos, que está descrita en pinceladas de una simplicidad y una grandiosidad verdaderamente apocalípticas; y esa catástrofe se produce mientras una flota de aeroplanos se dirige á Nazareth, á acabar con el último Papa en el último de sus reductos.

¡Yo no sé por qué los católicos deberíamos pensar que los aeroplanos van á ser empleados en combatir á los Pontífices, y no deberíamos esperar más bien que, así como las carabelas de Colón sirvieron, hace más de quinientos años, para traer á la América la Cruz y el Evangelio civilizador; antes de un cuarto de siglo, las carabelas del aire habrán de llevar esa misma Cruz y ese mismo Evangelio á los rincones más escondidos del continente africano y á las estepas más desoladas del polo!

Este pesimismo, señores, es fruto inconsciente del prejuicio que hace un instante os indicaba. Los mismos católicos hemos llegado

á imbuírnos, más ó menos vagamente, en la idea de que todo lo que en el mundo moderno significa fuerza, expansión, impulso, vitalidad humana, es obra privativa de los adversarios de nuestras creencias y no puede, en último término, sino redundar en detrimento del Catolicismo. Y por esto llegamos á figurarnos (concepción indigna de nuestra fe y hasta injuriosa de la Providencia) que la Iglesia, que ha recibido del cielo y ha venido desempeñando invariablemente la misión de guiar á la humanidad al través de todas las edades, ha perdido, en cierta manera, ese rol histórico y está reducida hoy á defenderse de un mundo cuyos destinos le han sido confiados por el mismo Dios!

Tres cuestiones fundamentales

Yo ensayaré, señores, en esta velada, dejar establecido, más que con razonamientos, con hechos, que este prejuicio elevado casi á la categoría de un axioma y que, como habéis visto, ejerce influencia aun entre los mismos católicos, carece de toda base. Me propongo hacer ver que la Iglesia vive en medio de nuestro siglo, con el oído y el corazón atentos á las tendencias y á las aspiraciones de la humanidad contemporánea, y que no sólo, como es-

cribió León XIII, «no rehusa adaptarse, en la medida de lo posible, á las necesidades racionales de los tiempos», sino que procura y conseguirá tomar de nuevo la dirección del progreso del mundo.

Para esto me bastará examinar cuál es la actitud del Catolicismo frente á las tres principales manifestaciones de la vida moderna: la *Ciencia*, la *Democracia* y la *Cuestión Social*. Lo que equivale á destruir un triple prejuicio: el prejuicio científico, que atribuye á la Iglesia una actitud hostil, ó por lo menos recelosa, ante el desarrollo actual de las ciencias; el prejuicio político, que sostiene la inadaptabilidad de la Iglesia á la democracia, forma definitiva de la evolución política moderna, y el prejuicio económico-social, que afirma que la Iglesia se desentiende, ó no aporta sino promesas ultra-terrenas á la solución del más grave y trascendental de los problemas contemporáneos: el conflicto entre el capital y el trabajo. (1)

(1) Este prejuicio que tanto ha contribuido y contribuye á alejar del Catolicismo al pueblo, que es su porción predilecta y es la gran fuerza social y política del porvenir, está expresado en esta irónica frase de Bebel, jefe del socialismo alemán: “¡Dejemos el cielo para los ángeles y los pájaros!”



I

La obra de la ciencia

El movimiento científico moderno, por la paciente tenacidad de su labor y por la vasta amplitud de sus conquistas, constituye, señores, una honra para el espíritu humano.

En el espacio de un siglo el hombre ha multiplicado de una manera maravillosa el poder de su visión. Penetra en el mundo de los seres infinitamente pequeños y hunde sus miradas en las esferas á las cuales no entrevé límites el telescopio; la Física y la Química ahondan cada vez en el estudio de las propiedades de la materia y de la combinación de sus elementos; la Geología y la Cosmografía rehacen la historia de la formación de nuestro planeta y de los orígenes de nuestro globo; la Biología y las Ciencias Naturales, estudian la estructura ínti-

ma de los organismos vivientes, sus relaciones con el espacio ó en la sucesión de los tiempos, y la Embriología comienza á darse cuenta de los orígenes de aquellos organismos; las Ciencias Arqueológicas, Filológicas y Sociales remontan el pasado de la Historia y de las civilizaciones.

La Ciencia ha venido transformando rápidamente la superficie de la tierra y las condiciones exteriores de la vida humana. Cada nueva aplicación del vapor y de la electricidad ha sido un paso decisivo en esta gran transformación, y ya es posible congeturar lo que en este orden de cosas no será dado ver en un porvenir no lejano, mediante las aplicaciones progresivas de los rayos X, de las ondas hertzianas, del radium y de la aviación.

El método experimental

Este movimiento científico tan vasto y de tan fecunda eficacia, que es uno de los hechos más característicos del mundo moderno, no ha coincidido en la historia con el mayor florecimiento de otras manifestaciones superiores de la actividad humana, como las artes y las letras. No cabe, por tanto, atribuirle como causa la eficiencia de una expansión intelectual extraordinariamente vigorosa: se debe, antes que

todo, á la aplicación en los estudios científicos, de los procedimientos que constituyen el método experimental.

Claudio Bernard explica esos procedimientos en una obra muy conocida—*Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*—publicada en 1865. Son tres: la observación, la experiencia y la contra-experiencia.

La observación del hecho, atenta y desinteresada, aunque sea meramente pasiva, desperta en nuestra inteligencia esta presunción: la causa produciendo el efecto que cae bajo nuestra actual observación. Viene después la experiencia que nosotros hacemos, y consiste en poner la causa presunta en condiciones de producir el efecto, para sacar como consecuencia que aquel efecto procede de aquella causa. Por último, viene la contra-experiencia, que consiste en no poner la causa en condiciones de obrar, y sacamos por consecuencia que aquel efecto anteriormente observado no se produce sin la presunta causa.

Se comprende que este camino vaya conduciendo á resultados ciertos en la investigación científica; más aun, que sea el único seguro, tratándose de conocimientos que de algún modo caen bajo el dominio de la experiencia. Y así, aun el estudio de los fenómenos psicológicos, como que de alguna manera tienen re-

percusión en nuestra sensibilidad orgánica, han debido someterse á estos procedimientos; de donde ha resultado una nueva rama de los estudios: La Psicología Experimental.

La actitud de la Iglesia

El prejuicio científico atribuye á la Iglesia, como ya lo he dicho, una actitud hostil ó por lo menos recelosa en presencia de esta admirable labor de la inteligencia moderna.

Dos son, según me parece, las causas que han originado este prejuicio. La primera es el hecho de que, aunque han abundado los eminentes cultivadores de las ciencias en el campo católico; aunque fueron católicos Volta y Lavoissier, los creadores de la Física y de la Química modernas; aunque fué católico Pasteur, el padre de la Microbiología y de la Bacteriología Patológica; aunque fueron un jesuita, el P. Secchi, y un católico ferviente Lapparent, el primer astrónomo y el primer geólogo de su siglo,—el cultivo sistemático de las ciencias sometidas al método experimental, ha sido, considerado en conjunto, la obra de quienes viven lejos de las tiendas de la Iglesia (1).

(1) Este hecho no impide que, como lo mostró el Dr. Dennert, en un libro publicado en 1903, en Berlín, de 300 sabios, cultivadores de las ciencias naturales en los cuatro últimos siglos, 224 hayan sido creyentes.—Véase Gallerrani, *Antídoto*, Gili, Barcelona 1909.

Y la explicación de este hecho es sencilla. El desarrollo científico ha venido produciéndose durante un siglo atormentado por los más graves problemas de orden religioso, filosófico, político, moral y social. La ciencia ha venido practicando sus investigaciones en medio de una de las crisis más agudas que jamás hayan afectado á la humanidad. La Revolución de 1789 desquició los cimientos tradicionales de la sociedad y sus consecuencias han mantenido al mundo, durante un siglo, en un estado de incertidumbre y de desorientación. En medio de esta crisis, la Iglesia que ante todo tiene la misión de salvar á los hombres y los pueblos, ha debido dirigir sus más fecundas energías á conjurar los peligros gravísimos que amagaban la sociedad. De ahí que las más altas inteligencias del Catolicismo se hayan dedicado, en el siglo XIX, á los estudios apologeticos y filosóficos, á las ciencias morales, políticas y sociales.

Prueba de la verdad de lo que afirmo es que, apenas la influencia de la Revolución empezó á ser menos honda en el mundo, cuando los principios de 1879 comenzaron á perder la integridad de su prestigio y de su autoridad, bajo la crítica implacablemente severa de la filosofía positivista, con Hipólito Taine, y de la sociología experimental, con Federico Le Play, la Iglesia, por medio de su gran Pontífice

León XIII, después de haber establecido en las Encíclicas sobre la *Libertad* y sobre la *Constitución Civil de los Estados*, las leyes inconvencionales de la filosofía política cristiana; después de haber expuesto la gravedad y señalado las soluciones de la cuestión social de la Encíclica sobre la *Condición de los Obreros*; después de haber precisado la norma superior de las altas investigaciones intelectuales en su Encíclica sobre la *Filosofía de Santo Tomás*,—después de haber, en una palabra, abordado los problemas más arduos y provisto á las necesidades más imperiosas del mundo moderno,—la Iglesia digo, emprendió la obra de impulsar directamente el progreso científico entre los católicos.

Veámoslo.

El campo elegido por León XIII

Hay, señores, en Europa un pequeño país que, bajo el Gobierno de los católicos, ha llegado á ser, en los últimos 26 años, un modelo de organización, de prosperidad y de cultura: es Bélgica.

Los católicos belgas, hombres de su tiempo, que han venido afrontando y resolviendo con un criterio amplísimo los más graves problemas de la vida contemporánea, han sido los primeros en iniciar un movimiento científico. Mon-

señor de Harlez afirmaba en el Congreso de Malinas, en 1891, que el rol de los católicos frente al mundo sabio exterior, consiste, antes que todo, en tomar la dirección del movimiento científico y contribuir abundantemente al progreso de la ciencia por medio de investigaciones, de descubrimientos y de trabajos originales (1).

Ese fué el país escogido por León XIII para constituirlo en el centro de los estudios científicos en el campo católico.

Existe allí una institución docente, el 65 aniversario de cuya restauración acaba de ser solemnemente celebrado con asistencia de representantes de todas las universidades de Europa y norte-América (excepto la de París): es la Universidad de Lovaina.

Un gran centro científico

En el seno de esa Universidad creó León XIII un Instituto Superior de Filosofía, que es hoy unos de los primeros focos de cultura científica del viejo mundo.

Monseñor Miercier—uno de los representantes más autorizados del pensamiento científico

(1) Véase M. Defourny, "*Les Congrès Catholiques en Belgique*".—Louvain, 1908.

en el mundo católico y hoy Cardenal de la Iglesia (1)—hacía ver en el Congreso de Malinas á que ya me he referido, la «necesidad de formar hombres, en el mayor número posible, que se consagren á la ciencia por ella misma, sin fin profesional, sin fin apologetico directo, que trabajen de primera mano en preparar los materiales del edificio científico y contribuyan así á su elevación progresiva"... E indicaba en estos términos el fin del Instituto creado por León XIII: "Formar hombres; proporcionar á la Iglesia obreros que desmonten el campo de la ciencia; mostrar el respeto que la Iglesia tiene por la razón humana y el fruto que ella espera de sus obras para la gloria de Aquél que es proclamado Señor de las ciencias: tal es el objeto elevado que se ha propuesto León XIII recomendando al mundo en sus Encíclicas... el estudio de las ciencias sociales, y muy particularmente instituyendo en la Universidad Católica de Lovaina una Escuela Superior de Filosofía".

(1) El Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas, es el jefe de la escuela neo-tomista, que tiende á reunir en un cuerpo de doctrinas todo lo que hay de indestructible en la Metafísica escolástica y los conocimientos científicos modernos; dando así, se puede decir, una base positiva á los estudios filosóficos. Las obras del Cardenal Mercier, y principalmente su "Psicología Experimental", son citadas como una autoridad en el mundo científico. Los Delegados de todas las Universidades belgas, entre los cuales habia varios ma-

He tenido la fortuna de vivir algunos días en aquel gran centro de estudios; y al observar tan prodigiosa actividad intelectual; al ver la enseñanza de la cosmología, ó filosofía de la materia, en conexión con la física, la química, la mineralogía, la cristalografía y las matemáticas superiores; la enseñanza de la psicología, ó filosofía de la vida, en conexión con la biología general, la embriología, la anatomía, la fisiología, la psico-fisiología, la botánica y la zoología; la enseñanza de la moral, ó filosofía de los actos humanos, en conexión con el derecho natural, individual y social, las ciencias económicas y políticas; al recorrer los magníficos laboratorios de química y psico-fisiología; al ver en el de psicología experimental, medidas en maravillosos aparatos de precisión infinitesimal, la rapidez y la intensidad de mis sensaciones, y al respirar en aquel soberbio foco de intensa vida mental la atmósfera serena de nuestra fe, yo he creído vislumbrar, señores, en un porvenir no remoto esta espléndida visión: la Iglesia Católica dirigiendo, como en siglos pasados, el progreso científico del mundo!

sones, por unanimidad, concedieron este año al C. Mercier, el premio de Filosofía, declarando que pocos hombres han influido tanto sobre su generación intelectual como el ilustre Arzobispo de Malinas.

Referencias de paso

Si no estimara concluyente este solo caso para establecer la actitud que el Catolicismo contemporáneo adopta en presencia del movimiento científico, podría dedicar un recuerdo á la Universidad de Friburgo, en Suiza, cuya organización he tenido también la suerte de poder estudiar; podría referir el fruto de interesantes lecturas sobre las Universidades Católicas de Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos; podría citar los grandes centros académicos que en Europa agrupan á los católicos en el terreno científico: como la «Sociedad de Görres» en Alemania, la «Sociedad León XIII» en Austria, la «Sociedad Bibliográfica» en Francia, la «Sociedad Científica de Bruselas» en Bélgica, la «Sociedad para los Estudios Científicos» en Italia y el «Instituto Católico Internacional para el progreso de la ciencia», fundado en Roma por Pío X; podría enumerar los observatorios célebres del Viejo Mundo que están dirigidos por sacerdotes y religiosos, y la serie ya larga de descubrimientos científicos debidos al clero regular y secular, en estos últimos tiempos (1). Pero, además, esto me llevaría

(1) Véase Martínez N., «*Estudios Biológicos.*» — Madrid, 1898.

demasiado lejos en el camino que me he trazado.

¿Conflicto?

León XIII abrió, señores, al mundo sabio los archivos riquísimos de la Biblioteca Vaticana, para favorecer el desarrollo de las investigaciones y de los estudios históricos. He aquí una prueba de hecho de que la Iglesia no teme á la ciencia; de que á la Iglesia no le preocupa el pretendido conflicto entre las afirmaciones científicas y los dogmas de la fe (1).

El anuncio de este conflicto ha sido la segunda causa del prejuicio que atribuye á la Iglesia una actitud hostil al movimiento científico.

Pero, ante todo, ¿es siquiera posible este conflicto?—Solamente podría serlo, contesta el Doctor Grasset (2), «si las soluciones teológicas y las soluciones científicas se refiriesen á los mismos objetos. Mas, no es así. La revelación no tiende á instruirnos sino sobre los terrenos dejados en el misterio y en la ignorancia

(1) Véase *La Civiltà Cattolica* «Tra Fede e Scienza».—Aprile, 1910.

(2) J. Grasset, professeur de Clinique médicale á l'Université de Montpellier: «*Les Limites de la Biologie*», Paris, Alcan, 1906.

por todas las otras ciencias, experimentales y racionales. No puede, pues, haber en esto ningún conflicto. Todos los pretendidos conflictos de la religión y de la ciencia, que estudian algunos, como Drapper, resultan del olvido de los límites que separan estos dos órdenes de conocimiento» (1).

Es esto tan claro, señores, que ha habido necesidad de bajar las punterías del ataque. Así, Emilio Boutroux, miembro del Instituto de Francia, en su libro reciente *Science et Religion*, declara que el conflicto no existe entre la ciencia y la Religión, sino entre «*el espíritu científico y el espíritu religioso.*»

Es ya una concesión!...

Sin embargo, las apariencias del conflicto son innegables, y en este punto tienen la culpa, señores, muchos representantes de la ciencia y algunos de los representantes de la Teología. Los primeros han sostenido hipótesis sin base científica y los segundos han solido sostener doctrinas sin fundamento dogmático. El conflicto, pues, no ha sido entre la ciencia y la fe. Ni una sola de las conclusiones definitivas de aquella ha contradicho un solo dogma de ésta. El conflicto ha existido, como dice con enérgica

(1) Véase la Constitución Dogmática de la Fe católica, establecida por el Concilio del Vaticano.

rudeza un Obispo yanqui, entre los pseudos sabios y los teólogos ignorantes.

La Iglesia no teme que la ciencia llegue á contradecir á la fe, porque la verdad no puede contradecir á la verdad.

No ha habido hasta hoy, ni habrá jamás, una *conclusión definitiva* de la ciencia que no haya sido aceptada por la Teología Católica (1). Si mañana alguna de esas conclusiones definitivas exigiese la modificación de interpretaciones aun clásicas de las escuelas teológicas y exegéticas en materias relacionadas con la fe, la Teología y la Exégesis modificarían sus interpretaciones, respetando las conclusiones definitivas de la ciencia, que en ningún caso podrán afectar á la inmutabilidad del Dogma. (Así se deduce de las soluciones dadas sobre la interpretación de la autenticidad mosaica del Pentateuco, por la Comisión Bíblica Internacional que estableció León XIII para

(1) «Esperamos probar que, si los críticos quisieran limitar sus afirmaciones á lo que han verdaderamente encontrado y demostrado, su acuerdo con la Iglesia sería fácil en más de un punto en que el antagonismo, á primera vista, aparece flagrante».— Con estas palabras termina el P. J. Brucker la introducción de un estudio titulado: «*La Iglesia y la Crítica Bíblica*», que publicó en la revista «*Etudes*» de París, el 5 de Enero de 1908.

estudiar las Escrituras tomando en consideración las verdaderas conquistas de la ciencia) (1).

«Existe una diferencia esencial entre el *dogma* en sí mismo, y las *interpretaciones ó aplicaciones* del dogma; entre una verdad divina, y las opiniones humanas. El más audaz de los pensadores de la antigüedad cristiana, Orígenes, señalaba netamente esta diferencia desde la primera página del *Peri Archón*. Y el maestro de Orígenes, Clemente de Alejandría, distinguía entre la doctrina de Cristo, transmitida por los apóstoles, y la filosofía helénica, aplicada á la Revelación para defenderla y esclarecerla... Nada, por tanto, se habrá establecido contra la inmutabilidad dogmática de la Iglesia, cuando se haya hecho ver que ciertas interpretaciones ó aplicaciones del dogma han prevalecido en otro tiempo entre los católicos, gracias á tales circunstancias históricas, á tal corriente filosófica, á tales nociones de orden científico, y que estas mismas interpretaciones ó aplicaciones del dogma han sido abandonadas más tarde, cuando el progreso de los conocimientos humanos ha manifestado su inexactitud. Todo esto no habrá disminuído, ni rozado

(1) Esta Comisión fué creada por las Letras Apostólicas «*Vigilantiae studii*que menores», del 28 de Octubre de 1902.

la inmutabilidad dogmática si, á pesar del cambio de ciertas *opiniones humanas á propósito del dogma*, el dogma permanece, no obstante, *idéntico á sí mismo*, con la misma significación distintiva, con las mismas consecuencias inmediatas y necesarias». (1).

La «bancarrota de la Ciencia»

Me he venido refiriendo, señores, á la ciencia positiva, que es la que nuestro siglo llama tal. La Iglesia no desaprueba su acción sino cuando la ciencia se sale de su órbita: cuando niega la existencia del alma porque su escarpelo no la descubre al hacer la anatomía del cuerpo humano; cuando niega la existencia de Dios, porque su telescopio no lo encuentra en la soledad de los cielos; cuando afirma que ella basta como fundamento de la moral y es capaz de explicarnos el misterio de nuestra vida y de constituir la felicidad de los hombres. La ciencia se sale entonces de sus límites y hace bancarrota, porque no consigue mantener una sola de sus afirmaciones ni realizar una sola de sus promesas. «La ciencia—escribía á este respecto Brunetiere, en un artículo célebre—ha prometido hace muchos años renovar la faz del

(1) Yves de la Briere, «*Etudes*», 5 Mai 1910.

mundo y suprimir el misterio: no lo ha conseguido. Es impotente para resolver las cuestiones esenciales; aquellas que se refieren al origen del hombre, á la ley de su conducta y á su destino futuro. En el actual conflicto de la ciencia y la Religión, la ciencia ha perdido su causa allí donde la Religión tiene toda su fuerza. Las soluciones que aquélla no puede dar, ésta las proporciona. La Religión nos enseña lo que la Anatomía y la Fisiología no pueden enseñarnos, es decir, qué somos, de dónde venimos, adónde vamos y qué debemos hacer. La moral y la Religión se completan mutuamente; y como la ciencia nada puede en la moral, síguese que á la Religión toca imponerla ».

Con esa ciencia, que no es ciencia sino simple charlatanismo científico; con esa pseudo ciencia que funda en base de hipótesis sus negaciones estériles, la Iglesia no puede ni podrá nunca estar de acuerdo.

¡Adelante!

Pero para la ciencia verdadera, para la que desarrolla su actividad dentro del radio de acción que le es naturalmente propio; para la que es el fruto de la labor honda y tranquila de la inteligencia moderna; para la ciencia que tien-

de á aumentar el bienestar de la humanidad, la Iglesia no tiene, quienes quiera que sean sus cultivadores, sino estímulos en sus enseñanzas y bendiciones en su Liturgia,—porque así la ciencia contribuye, consciente ó inconscientemente, á realizar los designios de Dios sobre el mundo. Cada estrella descubierta en la inmensidad azul; cada ley sorprendida al orden misterioso de las cosas; cada secreto arrancado al silencio de la naturaleza; cada hecho extraído de entre los escombros de la historia, son una nueva nota que va á formar parte de la inefable armonía que desde la tierra sube hasta el Creador. La Iglesia impulsará y bendecirá esta labor gigantesca de la ciencia, que va escrutando pacientemente el misterio del mundo, y no dirá ¡basta! sino cuando el hombre, de pie sobre el último extremo del universo, nuevo Alejandro, pueda repetir: «No hay ya nada que agregar á mis conquistas!!».





II

Lo invariable y lo variable en la Iglesia

En la Iglesia hay, señores, un elemento esencial que es divino, y hay caracteres accidentales, que son humanos. El elemento esencial permanece inalterable al través de las generaciones y de los siglos. En el trascurso de dos mil años, no ha variado uno solo de sus dogmas ni ha sufrido alteración uno solo de los principios de su moral. La Iglesia, en lo que tiene de permanente, es hoy lo que fué ayer y será mañana lo que es hoy.

En cambio, los elementos accidentales del Catolicismo se amoldan á las circunstancias de tiempo y de lugar: son como el mediador plástico por el cual, en cada período histórico, se pone en contacto con los pueblos lo que en la Iglesia hay de esencial y de divino. Por esto,

el Catolicismo se ha adaptado sucesivamente á todas las formas de la evolución política de las naciones. Imperialista en una época de la historia, fué feudal en otra época y fué monárquico después.

Y como el mundo moderno, considerado políticamente, se levantó sobre las ruinas del absolutismo monárquico, al cual, sin desentenderse de sus abusos, adhería la Iglesia (que solió ser, dicho sea de paso, la primera víctima de sus excesos), de ahí el prejuicio que atribuye al Catolicismo una abierta hostilidad, ó por lo menos una completa ineptitud para adaptarse á la democracia, base de la organización política contemporánea.

Trascendencia del prejuicio político

Considero de peores consecuencias para la Iglesia el prejuicio político, que el prejuicio científico que acabo de examinar. Este le acarrea antipatías entre los círculos «intelectuales», cuya esfera de acción es limitada: aquél despierta contra ella las prevenciones del pueblo y de la burguesía, que, social y políticamente, son las fuerzas dominantes en el mundo moderno.

Si hay un hecho inamovible, definitivo, en el actual momento histórico de la evolución hu-

mana; un hecho que marque á nuestra edad con un sello hondo y peculiarísimo, es la democracia.

«Nuestra edad—escribe un prelado norteamericano—es una edad de libertad civil y política; es el siglo de la democracia, en que los pueblos, fatigados del poder sin límites de los soberanos, se convierten en soberanos, á su turno, y ejercen más ó menos directamente el poder que siempre les ha pertenecido en principio y por la voluntad de Dios».

«Yo miro en torno mío—exclamaba, hace ya cuarenta y cinco años, Montalembert, en uno de los Congresos Católicos Internacionales de Bélgica—y no veo en todas partes sino la democracia».

Este es el hecho, señores; hecho definitivo, lo repito, cuyas ventajas ó desventajas se podrá discutir; pero que es necesario aceptar como una realidad inamovible. De manera que si el Catolicismo fuese hostil á la democracia, como lo asegura el prejuicio á que me vengo refiriendo; si fuese incapaz de adaptarse á la democracia, el Catolicismo estaría irreparablemente divorciado del mundo moderno y sería inepto en absoluto para ejercer influencia en sus destinos.

La enseñanza de la Iglesia y los hechos

Yo podría, señores, para desvanecer este prejuicio, exponer aquí en compendio la doctrina de las principales escuelas teológicas, desde Santo Tomás hasta Belarmino, sobre la soberanía popular: hacer presente que en pleno régimen monárquico, uno de los representantes más autorizados de la Teología Católica, el jesuíta Suárez, después de establecer las limitaciones que al libre ejercicio del poder imponen los derechos de la moral y de la voluntad suprema de Dios, enseña que este poder *reside en la nación toda entera, único juez de los medios de ejercerlo y de delegarlo*. ¿No es ésta, en substancia, la democracia política, que toma en nuestra edad su forma definitiva?

Pero en vez de recurrir á este pasado doctrinal, creo preferible, para establecer que el Catolicismo no es hostil á la democracia, traer á la memoria las enseñanzas oficiales de la Iglesia en nuestros días, y abrir los ojos para mirar los hechos.

Entre los numerosos pasajes de las encíclicas de León XIII, que podrían ser citados sobre el particular, elijo el que sigue:

«El poder supremo no está ligado por sí

mismo y necesariamente á ninguna forma política de Gobierno: puede tomar perfectamente esta ó aquella forma, con tal que sea verdaderamente eficaz para producir el bien público... *De las varias formas de Gobierno no hay una sola que en sí misma tenga algo de repugnante á la doctrina católica*, y usadas con justicia y prudencia, todas pueden constituir un buen Gobierno... Nada por sí mismo obsta para que el pueblo tenga mayor ó menor participación en la cosa pública; lo que en ciertas épocas y bajo ciertas leyes, puede ser no sólo un bien sino un deber de los ciudadanos.» (Encíc. *Inmortale Dei*).

Estas son, señores, las enseñanzas oficiales de la Iglesia, confirmadas por los hechos. León XIII, como sabéis, ordenó solemnemente á los católicos de Francia, tocados en gran parte de espíritu monárquico, aceptar el régimen constituído de ese país; lo que hizo decir á Mnr. Ireland que el Papa había canonizado la República... (Discurso sobre «La Situación del Catolicismo en los Estados Unidos») (1),

(1) Mnr. Ireland, Arzobispo de San Pablo en Norte América pronunció este discurso, en 1892, ante una gran asamblea organizada en la Sociedad de Geografía de París, por iniciativa de Melchor de Vogüé, Alberto de Mun, Anatolio Leroy Beaulieu y otros. No resisto al deseo de reproducir, tomada de esta pieza oratoria genialmente yanqui, la si-

El representante de la Santa Sede ante el Gobierno de Norte América, Mnr. Satolli, más tarde Cardenal de la Iglesia, daba hace algunos años este consejo á los católicos de la gran República: «Id hacia adelante en el camino del progreso, llevando en una mano el Código de las verdades cristianas, el Evangelio de Cristo, y en la otra la Constitución de los Estados Unidos».

¿Y acaso, señores, las naciones de nuestro continente, hijas jóvenes y robustas de una vieja y fuerte Monarquía cristiana, no han nacido á la vida de la democracia en los brazos de la Religión? ¿No ha bendecido la Iglesia en Chile, en la Argentina y en los demás países hermanos, la cuna de la República?

Hablan dos Arzobispos

Las explícitas enseñanzas de la Iglesia y los hechos están, pues, demostrando que la Iglesia acepta la forma republicana de Gobierno,

guiente anécdota que dice relación al asunto de que trato: «Hace algunos años,—dijo Mnr. Ireland—fué á San Pablo un ministro protestante. En uno de sus sermones, declaró que la Iglesia se oponía á la República y que la República no debía tolerar á la Iglesia. Después del sermón, los oyentes más caracterizados se acercaron al ministro y le dijeron: «Vuestro sermón no cuadra del todo bien aquí, porque el más ardiente republicano del país es el Arzobispo».

que según el Cardenal Lavigerie, es la forma filosófica y natural de la democracia. Más aun, oid la palabra del ya citado Arzobispo de San Pablo, á quien Bourget llama «uno de los hombres más grandes de nuestra edad»:

“La Iglesia puede vivir con todas las formas de Gobierno, dice el genial prelado norte-americano. Ratificadas por el pueblo, todas ellas son legítimas; pero el Gobierno que, más que ningún otro es el Gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, es aquel bajo el cual la Iglesia del pueblo, la Iglesia Católica, encuentra el aire que mejor cuadra á sus principios y á su corazón” (1).

Y no creáis, señores, que los prelados católicos hablan así únicamente en la América del Norte. Prestad atención, os ruego, á las palabras con que un Arzobispo francés—que, después de escribirlas, fué elevado al honor de la púrpura romana,—hacía, 25 años atrás, el elogio del régimen democrático y se refería á su porvenir con respecto á la Religión: “Si comparamos nuestra edad con las precedentes de la era cristiana, ¡qué de progresos realizados! Qué de cambios prodigiosos en la suerte del

(1) Ireland, discurso pronunciado en la Catedral de Baltimore el 18 de Octubre de 1892 con motivo de las bodas de plata episcopales del Cardenal Gibbons.

género humano, en todas las naciones de la vieja Europa... A los privilegios exorbitantes, á las repugnantes desigualdades, sustituida la igualdad de todos ante la ley, como ante Dios: el acceso de cualquiera carrera abierto á todo el mundo, sin distinción de nacimiento: una más equitativa repartición de los favores y de las cargas del Estado: la justicia imparcial, más independiente y mejor administrada: el absolutismo vencido por la libertad, por el respeto y por la inviolabilidad de nuestra persona y de nuestros derechos: la nación dueña de sí misma, no extraña ya á la administración de los propios intereses... Poniendo en parangón el presente con el pasado, es imposible no quedar absorbidos ante el mejoramiento de condiciones, de que gozan, bajo todos respectos, los pueblos... Y este espíritu democrático y esta aspiración á la libertad, á la igualdad, á la fraternidad, han penetrado por donde quiera y cada día se manifiestan con mayor intensidad en todos los pueblos civilizados del antiguo y del nuevo continente... ¿No son todos los Gobiernos constitucionales ó representativos con el sufragio universal, ó que tiende á serlo por medio de incesantes reformas electorales? Más ó menos, siempre y en todas partes, existe el Gobierno del pueblo por el pueblo, cualquiera que sea su forma oficial, re-

publicana ó monárquica. Esta corriente, que consideramos providencial, no podría ser detenida por ninguna fuerza... Estamos de ello profundamente convencidos: dentro de un número de años, que no podemos determinar, pero que no puede ser grande, la democracia con nuestra civilización cristiana habrá dado la vuelta al mundo para vivificar los pueblos envejecidos y para alzarlos de su postración y de su servidumbre. Deber de los cristianos previsores es hoy no impedir el progreso democrático: cualquiera fuerza humana sería impotente; sino dirigirlo bien, purgarlo de todo elemento heterogéneo, guiándolo sobre todo por el camino de la justicia y de la verdad, como se guía la corriente de un río para que fecunde y no devaste las riberas... Sólo la Iglesia Católica es capaz de salvar de todo peligro á la democracia moderna» (1).

El Syllabus y M. Loubet

Pero, señores, ¿y el Syllabus?...

No siéndome posible analizar aquí todas las proposiciones del Syllabus, que se relacionan con nuestro asunto, me limitaré á referirme en globo á dos afirmaciones contenidas en ellas y

(1) M^{re}. Guilbert, Archeveque de Baudeaux. "*La Démocratie et son avenir social et religieux*", 1880.

que son como la quinta esencia de los principios político sociales proclamados por la Revolución: la que hace desaparecer todo límite para la libertad del ciudadano y la que sostiene que la voluntad del mayor número constituye una soberanía que carece también de todo límite, y cuyo ejercicio no necesita, por tanto, someterse á ninguna norma superior.

La Iglesia, al condenar estos principios extremos, que no sólo no son esenciales á la constitución de la democracia, sino que llevan consigo la disolución de todo régimen político, no ha hecho sino tutelar los fueros eternos de la verdad y de la moral, y los intereses permanentes de la sociedad humana y de la civilización. ¿Acaso la misma filosofía positivista, por boca del más honrado de sus representantes, Hipólito Taine, no había tenido una crítica demoledora para esos principios? Hace cerca de cuarenta años que un escritor liberal, M. Montegut, proclamaba desde la alta tribuna « *La Revista de Ambos Mundos* » la bancarrota de los principios del 89, afirmando que no había uno solo de éstos que no hubiera engendrado el principio contrario (1). Más todavía: aún los señores que pretenden gobernar en

(1) Citado por León Gregoire: « *Le Pape, les Catholiques et la Cuestion Sociale* ».

Francia, apoyándose sobre estos « principios inmortales », incompatibles con la idea misma del Gobierno, han sido arrastrados por la fuerza de las cosas á cometer infracciones á estos principios: cuando en 1892 M. Loubet hacía votar en el Parlamento de su país una ley contra la libertad de pensar y de escribir de todo un grupo de franceses, los « anarquistas », este voto era una aplicación, no ciertamente de la declaración de los Derechos del Hombre, sino más bien del Syllabus que subordina el ejercicio de ciertas libertades á las exigencias del bien social y al derecho social de la verdad (1).

El Evangelio y la Revolución

He dicho que esos principios no son de la esencia de la democracia. Esta sólo implica dos conceptos fundamentales: igualdad ante la ley y libertad civil y política de todos los ciudadanos; y derecho de todos ellos á influir y participar en el manejo de la cosa pública. Pero ni aquella libertad ni este derecho pueden dejar de tener como límites, el bien social y la ley natural, que es la norma eterna, establecida por Dios, de la moralidad, del orden y la justicia.—Por otra parte, si la libertad no es organizada se resuelve en la tiranía de los más

(1) Véase G. Goyau, *«Autour du Catholicisme social»*, vol. II.

fuertes, y si no hay barreras éticas que impongan una selección en el ejercicio del poder, el dominio de los malvados redundará en daño de la multitud,—cosas ambas que van contra los fines mismos de la democracia.

Un religioso dominicano, el P. Maumus, publicó en Francia á fines del siglo pasado un libro algo paradójal, que tuvo repercusión en Europa: en él se procuraba demostrar que los principios de la Revolución tienen sus últimas raíces en los principios del Evangelio, y no son sino desviaciones de éstos mismos.

Y es la verdad, señores. La Revolución proclamó los derechos inalienables del hombre; 18 siglos antes los había proclamado Jesucristo. Sólo que la filosofía cristiana, apoyándose en el Evangelio, enseña, al revés de la Revolución, que esos derechos le son inalienables al hombre precisamente porque no los ha recibido del hombre, quien por lo tanto no puede despojarlo de ellos; sino que, como lo proclama la declaración de Independencia de Estados Unidos, le han sido confiados por la mano del Creador, y tienen por consiguiente su base en las relaciones del hombre con Dios. (1).

El hombre posee, pues, en la vida social y política, derechos que le son inalienables por-

(1) Mnr. Kean, antiguo Rector de la Universidad de Washington «*La misión providencial de León XIII*», 1888.

que los ha recibido de Dios; pero este mismo origen de sus derechos señala en su ejercicio un límite supremo: los derechos de Dios. Esta limitación, impuesta por la razón, lejos de afectar á la substancia de la democracia, es la más sólida de sus garantías.

La tendencia democrática

Y si del examen de la democracia como régimen político, pasamos á considerarla como espíritu y como tendencia, ¿será menester recurrir á largos argumentos para dejar establecido que es esencialmente democrática la Iglesia, cuyo Fundador hizo de los pescadores sus Apóstoles y sintió piedad infinita por las turbas; la Iglesia nacida en el seno del pueblo; la Iglesia que ha mostrado siempre abierto á todos los hombres el camino de sus más altas dignidades?

A los que, desconociendo la historia, hablan del espíritu anti-democrático de la Iglesia, invitémosles, señores, á mirar hacia el Vaticano. Sobre esa vieja roca incommovible, desde la cual la mano de León XIII derramó el bautismo de Cristo sobre la frente de la democracia, dirige hoy los destinos del mundo católico, revestido de la más augusta dignidad de la tierra, el hijo de un obrero!



III

Indicaciones generales

Lamento, señores, que la escasez del tiempo y más aún, el temor de fatigaros excesivamente, me impidan dar el desarrollo que yo desearía á la refutación del prejuicio económico-social, que tan lamentable influencia ejerce sobre las masas. Yo habría querido presentaros en síntesis la acción teórica y práctica del Catolicismo en presencia del más grave de los problemas modernos: la cuestión social obrera. Pero por hoy me veo obligado á limitarme sólo á indicaciones de carácter general.

He aquí cómo León XIII caracteriza en su encíclica sobre la *Condición de los Obreros*, la situación de donde ha nacido la cuestión social:

«La violencia de las revoluciones políticas ha dividido el cuerpo social en dos clases y ha

abierto entre ellas un abismo inmenso. De una parte el poder sin límites en la opulencia: una clase social que, dueño absoluto de la industria y del comercio, desvía el curso de la riqueza y hace afluir hacia ella todas las fuentes de la misma: clase social que tiene, además, en su mano más de un resorte de la administración pública. Por otra parte, la debilidad en la miseria: una multitud de alma lacerada, siempre dispuesta al desorden. Los hombres de las clases inferiores están en su mayor parte en una situación de infortunio y de miseria inmerecidos. El siglo último ha destruído, sin substituirlos con nada, los antiguos gremios obreros, que eran para esas clases inferiores una protección: todo principio y todo sentimiento religioso, han desaparecido de las leyes y de las instituciones públicas, y así, poco á poco, los trabajadores aislados y sin defensa, se han visto con el tiempo, entregados á merced de amos inhumanos y á la codicia de una competencia económica desenfrenada. A aumentar el mal ha venido una usura voraz, la cual, aunque condenada más de una vez por sentencia de la Iglesia, no ha dejado de ser practicada en una ó en otra forma, por hombres avaros y codiciosos. A todo esto es menester agregar el monopolio del trabajo y de las ramas del comercio, que ha caído en manos de unos pocos

ricos y opulentos, los cuales han impuesto á la infinita multitud de los proletarios un yugo que poco difiere del de los esclavos».

Palabras severas y sumamente graves, señores, si se toma en cuenta que fueron pronunciadas por un Papa, para escuchar al cual se hacía silencio en los pueblos.

Basta la simple lectura de la anterior exposición para indicar la magnitud del prejuicio que asegura que la Iglesia pasa indiferente junto á esta gran crisis económico-social del mundo moderno, dejando sólo caer para los capitalistas la palabra «caridad» y para los proletarios la palabra «resignación.»

Acción teórica y práctica

Consecuente con mi propósito de argumentar más con los hechos que con los razonamientos, me bastará recordar en este momento que fué un Obispo católico alemán, Guillermo Ketteler, el primero que, hace más de 70 años, hizo ver los abusos de la propiedad y las injusticias del régimen del trabajo establecido sobre las bases del liberalismo económico, y que ha sido un Gobierno católico, el de Bélgica, el primero que ha dictado una legislación obrera completa; me bastará recordar que todos los historiadores de la ciencia contempo-

ránea—Laveleye, Wagner, Stein y otros—al lado de las varias escuelas económico-sociales enumeran una escuela social cristiana, y que en Italia, en Suiza, en Alemania, en Belgica y en Austria, los católicos están al frente de las principales organizaciones y de las principales obras creadas para levantar la condición económica y moral de la clase obrera; me bastará recordar que un Cardenal de la Iglesia, Eduardo Manning, se puso al frente de 300 mil operarios que en Londres se declararon en huelga para obtener legítimas reivindicaciones, (1) y que otro Cardenal de la Iglesia, Santiago Gibbons, tomó ante la Santa Sede la defensa de la más basta institución obrera de los Estados Unidos, los «Caballeros del Trabajo» (2).

Las Doctrinas de León XIII

Pero, señores, para ver cuál es la actitud de la Iglesia en presencia de la cuestión social, nada es más sencillo que abrir las páginas de la Encíclica «Rerum Novarum» de León XIII, llamada con justicia la Carta Magna de las reivindicaciones populares. León XIII planteó

(1) Lemire, «*Vida del Cardenal Manning*».

(2) Véase León Gregoire, obra citada.

en aquel documento imperecedero el pavoroso problema en toda su gravedad, y señaló sus soluciones con autoridad de Pontífice y de sabio.

León XIII comienza por establecer, contra las afirmaciones socialistas, el derecho de propiedad privada, fundándolo principalmente sobre el derecho de vivir.—Pero el derecho de propiedad, según la filosofía cristiana, tiene sus límites: no envuelve el *jus abutendi* que la ciencia jurídica pagana hacía entrar en el concepto de aquel derecho.—Establece en seguida la desigualdad de clases sociales, como consecuencia natural de la desigualdad de aptitudes en los individuos. Pero esta desigualdad no debe hacer suponer «que son unas clases de la sociedad por su naturaleza enemigas de otras». En la sociedad civil ha ordenado la naturaleza que las dos clases sociales, los capitalistas y los proletarios, «se acorden y se adapten la una á la otra de modo que se equilibren». «Necesitan la una de la otra absolutamente, porque sin trabajo no puede haber capital, ni sin capital trabajo.» La Iglesia tiene el poder de armonizar entre sí á los capitalistas y los proletarios, «porque á ambos enseña sus mutuos deberes, y en especial los que dimanán de la justicia». He aquí los que se refieren á los capitalistas y á los patrones: «no tener á los

obreros por esclavos y respetar en ellos la dignidad de la persona y la nobleza que á esa persona añade lo que se llama carácter de cristiano. Que si se tiene en cuenta la razón natural y la filosofía cristiana, no es vergonzoso para el hombre ni le rebaja, el ejercer un oficio por salario, pues le habilita el tal oficio para poder honradamente sustentar su vida. Lo que verdaderamente es vergonzoso é inhumano, es abusar de los hombres como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos, y no estimarlos en más que lo que dan de sí sus músculos y sus fuerzas».

El obrero tiene derecho á vivir de su trabajo y tiene derecho á no sufrir detrimento en su vida física, doméstica y religiosa. El liberalismo económico había proclamado la libertad como única norma del contrato del trabajo. La Economía Política—decía— no es moral ni inmoral: es amoral. El contrato de trabajo es válido y es justo cuando ambas partes han convenido libremente en sus condiciones. León XIII dice: no. El patrón tiene el deber de respetar la salud física, la vida del hogar, y la vida religiosa del obrero, y como el obrero no tiene derecho á renunciar á todo esto, síguese que no es válido un contrato que dispense al patrón de tales obligaciones, por más que en él haya consentido el obrero libremente. La li-

bertad, que el liberalismo económico coloca como única base del contrato del trabajo, no es efectiva sino para el capitalista que puede imponer sus condiciones. Para el obrero el derecho de rehusar estas condiciones si son injustas, es solamente teórico: en la práctica se ve casi siempre obligado á aceptarlas, pues si así no lo hace, pierde su trabajo del cual depende su pan y el de los suyos (1). Un salario insuficiente, aunque sea consentido por la pretendida libertad del obrero, no es salario justo, porque el obrero no tiene derecho á renunciar á las exigencias de su naturaleza de hombre y de cristiano.

La concepción del trabajo del liberalismo económico es deprimente de la dignidad humana. En esa concepción el obrero es una máquina, y su esfuerzo una mercadería cuyo valor se regula por la ley de la oferta y la demanda. León XIII rehabilita el concepto cristiano del obrero hombre, con derecho á la vida, con derecho al hogar, con derecho al cultivo de su alma. Dentro de la concepción liberal, el salario es el puñado de yerba que sirve para mantener las energías de la bestia de carga. Dentro de la concepción cristiana, el salario es

(1) Lacordaire, refiriéndose á esta libertad, dice enérgicamente que para el obrero, en la mayor parte de los casos, no es sino «la libertad de morir de hambre».

el pan humano, que dignifica y ennoblece á quien lo recibe.

La escuela liberal proclama la abstención del Estado en las relaciones del trabajo, que deben manejarse, según ella, en el exclusivo terreno de la libertad. León XIII enseña que es deber del Estado velar por los fueros de la justicia social, tutelar á los débiles contra las inícuas opresiones de los fuertes, y que el Estado debe, por consiguiente, intervenir por medio de la legislación en el campo del trabajo.

El liberalismo económico destruyó los gremios profesionales que eran la defensa de los obreros frente á las injustas imposiciones del capital (1). León XIII indica la necesidad de

(1) La supresión de las corporaciones fué una «conquista de la Revolución». Esta «conquista» fué realizada por un decreto del 15 de Junio de 1791, propuesto por Chapelier y concebido en estos términos:

Art. 1.^o Siendo una de las bases fundamentales de la constitución francesa la destrucción de toda suerte de corporaciones de ciudadanos del mismo estado y profesión, es prohibido restablecerlas de hecho, bajo cualquiera forma que sea.

Art. 2.^o Los ciudadanos del mismo estado y profesión... los obreros... no podrán, si se reunen, nombrarse un Presidente, ni Secretario ó síndico, tener registros, tomar acuerdos ó deliberar, formar reglamentos sobre sus pretendidos intereses comunes».

Autoridades sociológicas como Taine y Leroy Beaulieu, declaran que la supresión de las corporaciones fué la falta capital de la Revolución.

restablecer esos gremios tutelares de los intereses de la clase obrera.

Estas son, señores, en sus grandes líneas, las ideas de orden económico-social expuestas por el «Papa de los obreros» en su Encíclica inmortal, que fué saludada en la prensa y en los parlamentos de Europa como la palabra salvadora para el más grave de los conflictos del mundo contemporáneo (1).

Después de recorrer las enseñanzas contenidas en este altísimo documento, se comprende que José Toniolo haya podido decir que el gran Pontífice «creó el pueblo»: el pueblo consciente de su dignidad y de sus derechos (2).

Monumento simbólico

Bajo las arcadas severas de una Basílica romana, San Juan de Letrán, se alza, señores, la tumba de León XIII. Sobre la sencilla urna de mármol, hay un monumento escultórico que es un símbolo de la personalidad histórica del gran Papa y de la actitud de la Iglesia ante

(1) El Ilmo. Arzobispo de Santiago, Dr. don Mariano Casanova, al anunciar en 1891 la encíclica *Rerum Novarum*, recogió en una pastoral las principales apreciaciones que se hicieron de este documento pontificio en la prensa y en los parlamentos de Europa.

(2) Toniolo, «*L'Eredità di Leone XIII*». Treviso, 1903.

las legítimas reivindicaciones del proletariado moderno. León XIII de pie, con la mirada perdida en el porvenir, bendice al mundo. A sus plantas, un obrero se yergue con una cadena destrozada entre las manos!





IV

La Iglesia y el siglo

Me halaga, señores, la idea de haber conseguido el objeto que me propuse al desarrollar esta conferencia: hacer ver que la Iglesia vive en medio de nuestro siglo; que se adapta á todas sus legítimas tendencias; que no permanece indiferente ante ninguna de sus más hon-
das aspiraciones.

El siglo tiene sus errores y sus faltas. La Iglesia no transige con ellos. Pero en el fondo de sus tendencias fundamentales, en lo que constituye el alma de sus íntimas aspiraciones, nuestra edad—dice Mnr. Ireland,—es uno de esos «poderosos impulsos que de tiempo en tiempo tienen lugar en la historia de la humanidad y que marcan el paso de ésta en su marcha ascendente y continua. La humanidad, fortificada por siglos de reflexión y de trabajo,

nutrida y penetrada por los principios de la verdad cristiana, se ha levantado en masa hacia regiones superiores de luz y de libertad. Reclama poder disfrutar de una manera más completa y más vasta, de los derechos que le han sido otorgados por Dios. Todo esto es digno de elogios; todo esto es bello y noble. Es esto lo que los católicos aceptamos, aceptando nuestro siglo; y al aceptarlo, nos concedemos al mismo tiempo el derecho de reprocharle sus defectos y nos ponemos en situación de corregirlos».

Mirando al porvenir

No olvidemos, señores, que el programa de Pío X es *restaurar en Cristo todas las cosas* (1). La ciencia, la libertad, la evolución social, serán restauradas en Cristo.

La Iglesia, que fué instituída para todas las generaciones y para todos los tiempos; la Iglesia, que ha empuñado siempre el timón de la nave en que navega la humanidad por el ancho océano de los siglos, empuñará de nuevo ese

(1) ...“no sólo lo que incumbe directamente á la Iglesia en virtud de su divina misión, que es conducir las almas al cielo, sino también lo que brota espontáneamente de esta divina misión: la civilización cristiana.”—Encíclica *Il fermo proposito*.

timón y seguirá el rumbo que el dedo de Dios le señala hacia el porvenir. Es esta su misión histórica providencial. *Duc in altum!*

En la Edad Media, existió la plenitud del espíritu cristiano en medio de un mundo en formación, que se levantaba vacilante de entre los escombros de otro mundo. Yo pienso, señores, que es digno de nuestra fe y de nuestras esperanzas cristianas (y perdonadme la paradoja que es solamente verbal), creer que los hombres verán llegar una Edad Media Moderna, ó si queréis, una Edad Media del futuro: una época en que, sobre el mundo transformado por la ciencia y perfeccionado por el progreso político y social, domine plenamente Jesucristo por medio de la justicia, de la paz y del amor!



